

BT 660

.P85

R5

Es propiedad del autor etc.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

MARIA
DEL
PUEBLITO.

PRIMERA PARTE.

LA ROMERIA.

I.

SUMARIO.

PLAN DE ESTA OBRITA.—INVOCACION.—LUGAR
DE LA ACCION.

Viagero, si te aconteciere alguna vez, en medio de tus escursiones, visitar las ciudades del Nuevo Mundo y condujeres tus pasos acá á la bella Querétaro, mi dulce patria, te ruego detengas tu mirada y te pares un momento á contemplar, hacia el Sudoeste á la distancia de dos leguas, un lugar donde moran la paz y la ventura. Y luego si fatigado tu espíritu al peso de sus ideas, ó por el estudio, ó por el mo-

vimiento ya unas veces sordo, otras atronador de esas reuniones de hombres que llamamos sociedad; necesitare el aislamiento y tu corazón ferviente gustare de solaz, ven, dirige tus pasos conmigo al Santuario donde mora el alma paz: yo quiero mostrarte los encantos de aquel sitio, quiero enseñarte el catálogo de sus prodigios, quiero también darte á conocer la criatura mas hermosa, la muger mas encantadora, la madre mas amable, en fin, se trata de la Madre de Dios.

Santa melancolía, cuyo vivífico aliento circunda el trono del Altísimo, tu cuyo manto sirve de velo á todos los bienaventurados, á tí que con el deslumbrante y apacible mirar los tienes estaciados por toda una eternidad, á tí mi pensamiento llama para que inspires este corazón y brote ferviente un lago de armonía, en cuyas ondas no se oigan otros suspiros, ni otro suave murmurar que el nombre de María.

Un día, mi corazón y mis sentidos ya despiertos, guiado á ese lugar no por un motivo puramente de religión, pues que en aquella época estaba muy distante de haber hecho un estudio serio de su metafísica, un día repito, recorriendo esas selvas refrescadas por las auras del Abril, rebotando el corazón en juventud, palpitando fuertemente bajo las

gratas impresiones de la idealidad, era mi corazón entonces, como la ha dicho bellamente un escritor, "libro cerrado cuyas páginas jamás se habían hojeado;" (1) llegué, pues, á un pueblecito llamado San Francisco Galileo, término de mi viaje; lugar que desde entonces por afecto he frecuentado. Cuantas veces después de haber gustado, en medio de su soledad, los espectáculos de la naturaleza me volvía buscando su santuario y allí, el pensamiento, remontando su vuelo á esfera mas sublime, participar quería á los hombres goces que es dado sentir mas no explicar.

Sin embargo deslizáronse fugitivos aquellos días de vaguedad, y dando ya cabida á la reflexión, voy á cantaros á la Madre de Dios tal como se le ha permitido á los mortales: voy á describiros el lugar que ha escogido de sagrario: los triunfos que ha adquirido, y el amor y entusiasmo de los que militan bajo su bandera también os cantaré.

¡Dios, Dios de la verdad! Eterno, Inmutable, Incomprensible, ¿como fué que por tantos años permitieras en mi cara patria el dominio de aquel espíritu rebelde, al que privaste en otro tiempo de tu influjo, y el que, en despacho de su caída, procura, en su pérdida, arrastrar consigo á tus criaturas? ¿ignora la Augusta, ó á la vez que terrible noche

de Ghehseman? ha olvidado que en medio de las olivas y al blando arroyo de brisa mugidora, testigo la luna silenciosa y la tierra que humeaba con tu sangre, le derrotaste la millonésima vez? Solo al acento de estas misteriosas palabras. "Yo soy (3)" al profundo del abismo precipitose á ocultar su desvergüenza. Cierra ángel del tiempo, arcángel de la vida, cierra un momento el inmenso volúmen que me muestras y esfuérate conmigo en preguntar, ¿por qué Jehová se dejó conocer tan tarde en Occidente? . . . Pobre criatura, no sabes que El exige cautivar el espíritu por obsequiar la fe? (4)

En la primavera de 1850, millares de individuos de ambos sexos ó mas bien dicho, todo el pueblo queretano, esa multitud tan compacta é íntimamente unida por el sentimiento religioso, se agitaba festiva al rededor del templo y en contorno del pueblito con motivo de la fiesta que se le celebra anualmente á la Madre de Dios y con particularidad en accion de gracias por haberle libertado del cólera morbo peste que por entonces invadió la capital, pues de esta, al efecto, habia sido conducido el divino simulacro en un carro triunfal, que le dedicó y acompañó á pié hasta su santuario la potestad eclesiástica en union de la civil. En ese dia de triunfo y de ovacion para María ;cuanto entu-

siasmo! y cuanto mas debió haber al asentar sus reales esta soberana y dar graciosamente libre curso al raudal de sus favores! por este motivo inspirando á un hijo del orden de menores en el año de 1632. El padre Fr. Sebastian Gallegos (5) construyó el simulacro de la Santísima Virgen, del tamaño de media vara poco mas; representa la immaculada concepcion, y acompaña la un pequeño niño tambien obra del mismo padre: este viviendo en aquellos tiempos, cuando aun todavia los pueblos americanos, la mayor parte de ellos, conservaban su religion y sus costumbres, sus hábitos y antigüedades, con la nocion del *grande espíritu*, como llamaban, movido ú inspirado sin duda por la misma Musa de Sion, aquella que colocó su trono sobre el Tabor para que á semejanza de este monte escojiése otro tambien para asiento de su Madre, pues al efecto, hácia la siniestra del Santuario á distancia de una milla, habian fabricado á mano los moradores un cerrito que le nombraron *Pelon* donde reunidos tributaban á los espíritus tenebrosos cultos idolátricos; allí fué donde un eclesiástico digno de elogio (6) puso por primera vez la imagen de María, de allí el faro, el áncora, la tabla de salvamento de tantos cuantos han implorado sus bendiciones. Esto pensaba yo en el interior de su san-

tuario y como unos pensamientos llevan á otros, me agito, salgo de mi pacífico retiro, voy de aquí para allí sin hacer caso de la devota multitud, en un pensamiento, en una idea se ha fijado mi cerebro, mis ojos ávidos lanzan miradas escudriñadoras por do quiera; porque mi boca quiere hablar, porque mi espíritu fatigado necesita de espacio, y cual cervatilla que, herida y ansiosa, busca el raudal consolador, así, en cada punto del horizonte, en el semblante de los individuos, en el carácter mismo de ese magestuoso edificio mi atrevido pensamiento lucha por traducir esa epopeya de piedra, por último quiere manifestar la historia de María. Es llegado el instante de hablar de la Madre de Dios bajo su advocación del Pueblito.

II.

SUMARIO.

CONTINUA EL LUGAR DE LA ACCION.—INSPIRACIONES Y SENTIMIENTOS.

Por eso visitando á María bajo las silenciosas bóvedas de su morada, y recojido allí, mi pensamiento comienza á desarrollar la idea que se le había fijado, clara y distintamente se presentan á mi ima-

ginación los sucesos de su historia; sucesos humildes y sublimes en su principio, oscuros, melancólicos y brillando mas su ternura en el medio, y al fin bellos y sublimes, tiernos y admirables; y en toda su plenitud, exitando nuestro amor y reconocimiento. Son las dos de la tarde, en esta hora (7) la que en otros días pasa desapercibida, no cesa la afluencia numerosa de los individuos que concurren á este templo, el monótono ruido que se oye de la oración vocal alternada entre los sacerdotes y el pueblo, inspiran no sé qué de augusto, de solemne y me acuerdo en este momento que un historiador, (8) á la vez que cantor de nuestra religión, había hecho ya esta observación acerca de los templos católicos. ¡Oh culto externo que no puedes existir sin el interno! ¡Oh religión santa! ¡Oh sagradas ceremonias!

Y ¿qué es lo que enajena mis sentidos? véamos: mis oídos se deleitan á los dulces acordes de un órgano hábilmente tocado, mi objeto se recrea con el olor que exhalan las mas puras y mórvidas flores, mi boca gusta de un rico sabor; difícil de explicar, y sí conocido por aquellos que han palpado, que han asistido al banquete de la virtud, con un corazón tan puro y recto, como el que en esta ocasión trae el pueblo mi compatriota á este lugar ¡Oh!

corazon mio, ¡qué cansado estás, con cuántas lágrimas de sangre has regado el valle por do peregrinamos; pero sin embargo, estás aun capaz de recibir alguna sensacion, yo toco la realidad! ¡yo veo la felicidad sin fin! ¡Tú Virgen santa, tú penetras las intenciones que me han dirigido á este lugar, ayúdame en la obra comenzada!

III.

SUMARIO.

EL ANGEL DE LA MELANCOLIA.—MARIA DEL PUEBLITO Y LAS FLORES.—SEMEJANZA DEL SANTUARIO DEL PUEBLITO CON LA IGLESIA DE SANTA MARIA DE LOS ANGELES O DE LA PORCIUNCULA.—LA MARIANA—FIESTA POPULAR.

Estaba muy avanzado el dia, declinaba la tarde, una de esas tardes tranquilas y apacibles, y en medio del tropel de ideas que se habia agolpado á mi cerebro; en vano el cuerpo busca su reposo, sentado á las márgenes del rio (9) que baña los muros del convento que guarda mi tesoro, reclinada mi cabeza contra un árbol, habíame puesto en actitud de escuchar, y era que el génio de la melancolia habia abierto conmigo sus confidencias.—Tranquízate, me dice al desplegar sus cándidos labios, ya

sé lo que inquieta tu mente, yo he guiado invisible tus pasos, las tardes como ésta me se han consagrado y mil tardes como ésta, contigo he pensado; contigo he llorado; contigo he vivido: yo he visto pasar las tormentas, que han velado la luz de tus ojos, que han llagado tu pecho sensible: cuando tú, no hace mucho, elevabas la frente por mirar el purpúreo celage, ya prevista tu idea, yo habia preparado en ocaso la entrada á mi hermano que asiste á los actos del astro del dia; no has advertido cómo vagan, allá en lontananza aquellos jóvenes conversando animados? mis auxilios tambien les impartó: vendrán expofeso á buscarte, y su amistad te atraerá muchos bienes:" dijo, y cesando de murmurar una voz que nada tenia de humano, pues, aun cuando yo la traducia por tal; pero, era la brisa que bañando mi semblante, refrescaba mi ardorosa frente pronta á romperse por dejar el paso libre al pensamiento; era ese ruido misterioso que forman las copas de los árboles movidas por el viento; era, el canto de las aves que festivas lanzaban, ya colocadas en su nido, para saludar á la noche que se aproximaba; era... aquí verdaderamente cesaban las meditaciones mias de este género, para dar lugar á otras. Tengo delante á mis nuevos amigos, anunciados por mi protector, voy á dároslos á conocer.

María del Pueblito, era el bello nombre de la preciosa muger que por primera vez contemplaba, en efecto, no podia encontrarse una figura mas simpática, de formas bien proporcionadas y al mismo tiempo seductoras, de un rostro ligeramente oval, de un color como el del piñon quitada su corteza, en fin, el todo revelaba una belleza; pero lo que mas llamaba la atencion y cautivaba de una manera inexplicable, era el penetrante y á la vez purísimo mirar de unos negros ojos velados por una crespita y finísima pestaña.

El compañero, revelaba uno de esos jóvenes de imaginacion ardiente, de fogosas pasiones, nacido tambien bajo el sol de los trópicos, la tez de su semblante era morena, pero de un moreno claro y limpio: llegados ámbos jóvenes á mi presencia dejaron oír el timbre de su voz, de una voz, cuya armonía aún resuena en mis oídos; tan grata sensacion experimenté al tener con quien comunicarme. María, le decia á Lasflores, (este era el apellido del caballero) no habia yo dicho bien que contra ese árbol divisaba á alguien, y luego me saludaron de la manera mas afectuosa y amable: llegó mi turno, y tomando la palabra les dije,—Vosotros, que á estas horas visitais estos lugares; tenéis vuestra morada cerca de este sitio? sin duda os parece tan bello co-

mo á mí y venis á respirar la pureza de sus auras.—Eso, eso, contestó María, mira Lasflores, como siempre sentémonos aquí, hay mucho de que hablar, tengo mucho que decirte,—y dieron reposo al cuerpo, mientras dos almas, y almas enamoradas, se disponian á unirse por medio de la intimidad de sus secretos, confiados *como siempre*; ¿qué tanto tiempo? Esto último fijó mi imaginacion é iba ya alejarme para dar lugar á tiernas confianzas, y que no eran las primeras; cuando su voz me dirigió María, diciéndome, no caballero, no parta V. lo que ántes he dicho que tenia que hablar, podeis oírlo, me inspira V. bastante confianza; y ántes bien, la opinion de un tercero é imparcial, consolará á dos infelices.—Y esta última voz hizo eco en mi corazón, ¡ah! siempre aquí abajo la infelicidad, por do quiera solo penas, solo llantos. Pues que así lo quereis señorita, repuse yo—me quedo y ved en lo que puedo servir: nada mas apropósito para mis fines, que seguir haciendo mis estudios sobre la humanidad y vosotros, sin duda, me ayudareis; ¿no es verdad?—Nosotros no sabemos en lo que podamos seros útiles; pero de cualquiera manera como buenos amigos, estamos prontos á auxiliarnos.—No se trata de alguna cosa que pueda comprometeros, he venido á estos lugares con el objeto de escribir, su

historia, los he visitado muchas veces, he examinado piedra por piedra, y apenas he dado principio sin poder seguir adelante ¿sabéis por qué? porque yo tambien soy infeliz, mas infeliz que criatura alguna; porque sobre mi entendimiento pesa un velo sembrado de infortunios, mortal hipocondría postrada las fuerzas de mi alma: el único remedio á este mal moral, lo he encontrado encerrado en ese santuario que humilde se levanta allá; cosa maravillosa! apenas pongo la planta en sus umbrales y me siento renacer á vida nueva; si lo dudáis ¡oh! vosotros los que estais cansados, venid, que aquí encontraréis alivio. (10) Aun no acababa de hablar, me interrumpió María.—La prueba de que creemos que aquí se vive, es que nos encontramos en este lugar; todas las mañanas al rayar del alba las primeras flores que han abierto su corola, son presentadas por mí en ese santuario á la Virgen, madre mia, y cuyo nombre llevo. Ya que sin preveerlo nos hemos encontrado, os invitamos para que todas las tardes, pues lo tenemos de costumbre, vengais con nosotros á este lugar á disipar vuestro fastidio: nosotros os referiremos nuestra historia á trueque de que nos auxiliéis con amigables consejos: moramos cerca de aquí en la hacienda que esta á la falda del *cerrito* y que tambien lleva este nombre, es nuestra residencia,

de buena gana permaneceríamos mas y á la ténue claridad de la luz de la luna, que ya asoma su plateada faz por entre aquellos montes, recordariamos el pasado para prepararnos al porvenir. Nos retiramos, yo tengo un padre anciano, cuyo cariño para conmigo es inmenso, me mira como á la pupila de sus ojos, y me da pena la idea sola de que yo pudiera causarle un desasosiego. Tiempo nos queda para contarnos nuestras aventuras, adios.—Habló María y se alejó con su compañero. Pocos instantes habian trascurrido, y héme aquí otra vez sumergido en mis meditaciones; porque si yo habia decidido el dirigirme ó este lugar, fué, no tanto por escribir su historia, sino por proporcionarle, calma á mi espíritu, remedio al alma, paz al corazón; este encuentro, repito haciame sospechar unos amores criminales, y mi labio jóven se preguntaba, que ni el campo, ni el lugar sagrado se escapan á la maldad del hombre, ¡Oh! soledad cree uno contigo encontrarse libre de prisiones y una trabajosa esperiencia nos ha enseñado cuanto caminamos en las tinieblas y el error!

Volví mis pasos para entregar mis miembros al invencible imperio del sueño, entré al aposento que en el mismo santuario me hospedaba y que tan de buena voluntad sus edificantes religiosos me consiguieron; eran estos los hijos de San Francisco, el hom-

bre extraordinario del siglo XIII. Remontándome hasta aquella época de la historia, y recordando los pasajes sublimes de la vida de este gran santo, me detengo en el maravilloso suceso de Porciúncula, paréceme que vivo en aquel tiempo y que este lugar es el teatro de los hechos del *humanado serafín*. No supe cómo ni cuándo dejó el alma estos pensamientos. Pasadas las horas de descanso, otro día á la fiesta matutina que formaban las aves en el umbral de mi ventana desperté: lo primero que se agitaba en mi cabeza eran las ideas del día anterior; qué consuelo, recuerdo sentí, cuando advertí que mi cerebro habia descansado de las fatigas que, con motivo de trazar estos renglones, padecia: al mismo tiempo tuve en mi memoria la imágen de mis amigos, de quienes aguardaba, como no me he engañado, salir avante con mi empresa.

¡Qué largas me parecieron las horas que tenian que trascurrir para uuestra deseada sita! Entre tanto resolví bajar á la huerta, siempre, en las mañanas de primavera, he tenido por costumbre, salir al campo á respirar el purísimo ambiente de una atmósfera liviana: muchas veces me he preguntado; ¿cuál es el deseo innato é insaciable de nuestro corazon? acá el hombre es capaz de proporcionarse multitud de gozes lícitos que la vida no es suficiente en agotarlos;

vuela de placer en placer y sin embargo queda un vacío en el corazon humano: nada puede saciarlo.

Bajo un hermoso emparrado me detuve para tomar mi desayuno; era este de los mas frugales y verdaderamente campestre, un vaso de leche tomada, como vulgarmente se dice, al pié de la vaca, y una torta de pan.

El astro rey dejaba ya sentir su influjo bienhechor, y sus ojos derramaban la luz por todas partes, cuando á medida que la claridad crecia, el movimiento del pueblo, que al principio apenas se escuchaba, pues solo á lo lejos se dejaba oír la para mí tan triste música del indígena, consistente esta en un tamboril y una flauta de carrizo, se aumentaba, digo, el murmullo humano con el día y los accidentes que debian tener lugar en él. Concluí mi solitaria expedicion; porque incorporado ya á la multitud, nos dirigimos hácia un espacio, no distante del santuario, á ser espectadores de la muerte de un infiel. Nunca oí que positivamente se le diese muerte á un hombre, ni que se honrase á María de esa manera; lo que si me figuré, que seria alguna pantomima como efectivamente lo era.

Existe por costumbre en los habitantes de este lugar, que al día siguiente á la funcion, ó fiesta

nacional, celebran la suya la que concluida, se entretienen en el resto del día en danzas los infantes y los de á caballo en matar al *moro*, estos disfrazados por medio de vestidos encarnados y llevando en la cabeza una especie de mitra de figura cónica tambien forrada de encarnado, montados en un corcel, cuyo cuello adorna un lazo de cascabeles, recorren mil veces al son de tamboriles los contornos del pueblito: reunidos en el parage que he dicho antes, forman sus evoluciones militares, que unas veces son circulares, rectilneas otras; táctica que solo ellos comprenden, pero que constituye la diversion suya y de nuestro pueblo ínfimo; fiesta para la cual se han preparado todo un año, ahorrando una parte de su miserable jornal, para prodigarlo todo en este día. Perdona, querido lector, que tan someramente y en tan bajo tono te haya cantado mi lira este episodio; voy, con el auxilio del génio protector de este lugar, á levantar la voz un poco mas alto para irte encaminando á percibir las armonias que surgen del fondo de este asunto.

IV. SUMARIO.

HORA DE SIESTA.—DESCRIPCION DEL CONVENTO Y DEL SANTUARIO PROPIAMENTE DICHO.—MILAGROS.

Despues de haber andado todo medio día, aunque no en vano, pues, seguia acopiando material para la construccion de mi edificio, volvi-me á mi religioso alojamiento, no sin haber visitado antes la Iglesia, guardadora del talisman de mi ventura. Mientras llega la hora de darle al cuerpo alimento y refrigerio, y se anuncia la caida de la tarde, tarde que ansío con vehemencia, plácame contarte la fundacion de este convento y llamar tu atencion sobre las preciosidades que contiene.

Edificado el santuario propiamente dicho, cuyos fundadores fueron los Urtiagas, (11.) auxiliados del vecindario y compatriotas míos, los religiosos franciscanos entusiastas (12.) por el culto de María, acordaron levantar contiguo á la Iglesia la casa, ó convento que al principio fué de bajos, y en la actualidad con otro piso de regular altura; el frente lo mismo que el del Templo mira al oriente aunque inclinado hácia el Norueste. A la espal-

da de este relicario existe un camarín encantador; tanto aquí como en el interior del claustro por do quiera se hayan representados en pintura ó escultura los hechos de María; gratos recuerdos de los agraciados; vivo y material testimonio de un poder supremo. ¡Oh! Musa, tú no eres aquella cuya habitacion se encontraba allá en la antigua Grecia, ni la que descendiera del Olimpo; es pues, del firmamento desde donde has lanzado el vuelo por el orbe para cantar las glorias del Altísimo (13.) *La Musa de la verdad ha remplazado á la de las mentiras.*

Un exámen minucioso hacian mis ojos, así es que: de nada dejaban deseoso al pensamiento. Ya habia yo examinado la altura, la longitud y latitud del Templo: los altares que le adornan, el órden de su arquitectura: habia numerado las celdas, corredores y patios: largas horas recreándome habia pasado en su bella y pintoresca huerta. (14.) Cuando ya habia pasado la hora de refectorio y á mi aposento á tomar un rato de descanso me volvía; no pude menos que admirar un retablo donde se representa un singular favor de la Santísima Virgen del Pueblito, dispensado á una infeliz muger.

Es el caso: en el año de 1715, María Sanchez, disgustada con otras mugeres, estas, que

no consideraban saciada su venganza de otra manera que privando de la vida á su contraria, para llevar á cabo tan horrendo crimen, valiéronse de un hombre, de un demonio, el cual la arremetió furioso, armado de un cuchillo, infiriola dos heridas mortales, cuya curacion, á juicio de los facultativos, no estaba en los medios naturales; una, bien profunda; abrió paso á la sangre por un lagarto; otra pavor da referirlo, dividió la cabeza del cuerpo en términos de caérsele al pecho pendiente casi solo de la piel del cuello, distinguiéndose por la boca de la herida el paladar y lengua; fué necesario que un hombre vendados los ojos y oídos se la tuviese en su lugar para que se confesase. Concluida que fué la confesion se la trasladó á su casa y el médico no se separó de su asistencia ni un momento; aguardaba que espirase con el fin de ver si libertaba una criatura que en el seno de esta infeliz ya respiraba. Mas esta muger en los momentos criticos de su dolencia no cesaba de clamar á María é hizo voto de dedicarse á su culto; viviendo cave el su santuario, si por su interseccion recuperaba del Autor de la vida la salud deseada. El tiempo, ese padron de tanta multitud de sucesos, prueba terrible, testimonio fehaciente de una vida y de una vida

que se da la mano con la eterna, dió en esta vez á mi patria el espectáculo de presentar á esta muger, en breves dias, del todo sana y teniendo la dicha de que el hijo de sus entrañas, le viviese sin lesion alguna. Por eso se la vió, en satisfaccion de su voto, pasar los mas de los dias, en el periodo de algunos años, constante compañera de su celestial protectora en esta casa donde actualmente contemplo este suceso.

No bien habia desviado la vista de este cuadro, cuando fijó los ojos en otro no menos sorprendente paréceme que he sido trasportado á otro país, desconocido é incomprensible para mi entendimiento, porque la variedad de sucesos no puede el alma mia abarcarlos á un golpe de vista, ni referirlos en una sola dccion. Tú ¡oh! Musa celestial que inspirasteis al rey poeta cuando en sus místicos salmos cantó los beneficios del Señor obrados en favor de su pueblo, sostenme y dame aliento para referir los que ha obrado en favor de sus redimidos y por la mediacion de aquella con la que *ab eterno* se recreaba en su purísimo pensamiento y que nosotros conocemos con el humilde cuanto idolatrado nombre del Pueblito.

En el convento de S. Francisco de Asís, en la ciudad de Santiago de Querétaro, tuvo lugar, en

la celda número 11, el trágico acontecimiento que voy á referiros. ¡Oh! tú la de los cantos fúnebres, si tambien tienes lugar allá en el cielo, descendiéndome á mí porque me encuentre entre la vida y la muerte, el dolor y la alegría: sujeta cada afecto de mi corazon y llévame segun la voluntad del que me vivifica.

El dia 11 de Febrero de 1769, no quiso el sol alzar los párpados y toda la creacion yacía adormecida, como moribundo; la luz dudosa despedida desde los demas entes que pueblan el eter no podia penetrar la cargada atmósfera de nuestro globo: tristes nublados, y un frio intenso ingeriase en los miembros de los cuerpos animados; y en medio de esta sombría perspectiva de la naturaleza, un hombre, digno ministro de Jehová, revestido del tosco sayal del franciscano; en la celda que arriba llevo numerada, se encontraba en misteriosas conferencias con mi Dios. Dos toques dados en la puerta de la celda, en aquellos momentos tan sublimes, no pudieron distraer la atencion de nuestro religioso, ni poderle parecer alarmantes, señal de vida ó de muerte, ó el empuje de alguna furia escapada del averno buscando presa donde cebarse. El interior del claustro habiase estado ofuscando gradualmente, se notaba un olor á la

manera del que se percibe en las fábricas de pólvora; pero ni aun este olor activo y sofocante movía á nuestro cenovita á que abriese la puerta: ya se vé estaba ocupado en el único y principal negocio, como ha dicho el mismo Jesucristo: (15.) hasta que por fin un tercer golpe dado con mayor violencia hizo que las manos del padre Picazo, (16.) pues era el religioso que la ocupaba, la abriese y que correspondiese con afectuoso saludo á Manuel Carrera que con el atrevimiento mas inaudito descargó dos pistolas en el cuerpo del indefenso religioso; mas esta fiera carnívora hincó su envenenado diente en el cuerpo de su víctima, una y dos veces jugó el puñal con devorante rabia; pero ¡oh! poder Supremo! tú en señal de que has decretado no volver á perder al género humano distenos el iris de la alianza, y María es este bello iris; ¡María! clamó Picazo, desde el íntimo de su pecho y María acude presurosa á arrebatarse á la muerte su presa.—No toques, la dice, hija del pecado; no toques al que ha lavado la sangre de mi Hijo; y la muerte sumisa y obediente retrocede á segar las aristas de otro campo: las balas perdieron su fuerza al tocar el sayal del religioso, y el puñal quedó embotado no obstante que salió tinto en sangre.

Bien conoció este prodigio aquel espíritu de las tinieblas que se habia apoderado de Carrera; porque vió que dirigidas las balas al cráneo del virtuoso Picazo, no surtieron el efecto meditado; así es que el malhadado Carrera cuyo corazón destrozaban las furias, se abalanza contra el sacerdote y la misma caja de las pistolas salta en astillas despues de haber tocado en la cabeza al ungido del Señor. Muerto, en concepto de Carrera, quedó en su celda Picazo; da la vuelta y la justicia civil se apodera del delincuente: paseálo por las calles de la ciudad en un asno, y al fin se le asigna el último suplicio.

V.

SUMARIO.

CONTINUACION DE LOS MILAGROS.—CONCLUYE
LA PRIMERA PARTE.

En este momento el R. P. Guardian (19) que pasa junto á mí se detiene y me dirige la palabra en estos términos ¿qué le ha parecido, señor, nuestro convento?

Paréceme bien repliqué yo; S. R. ¿no ha notado cuanto sopla el viento? ¿todas las tardes se siente de la misma manera?

No, señor, no todas las tardes; pienso que esto proviene ahora de la cequedad del tiempo.

Se despidió y la inspiracion llevó mi memoria a año de 1737. Con ella te quiero conducir, amador lector, sígueme con benevolencia.

Cuando los Angeles, ministros de la cólera del Omnipotente tienden su vuelo, suelen pararse, y verdaderamente se han detenido en el Cimatario, ó en el Ahorcado, cerros circunvecinos de Querétaro: allí desde unas profundísimas cavernas se escapan en desórden furiosos vientos á ejecutar la voluntad del Ser Supremo, cuyas órdenes con bastante pesar, pero al mismo tiempo con una obediencia perfecta, estos enviados hacen cumplir. Unas ocasiones derraman la guerra, otras la peste, y las mas se interponen á las nubes y son causa de las escaseses de lluvia. El veinte y cuatro de Abril, dia fatal, del año de 1737, se dejó sentir el viento destructor, soplabá, y la respiracion se hacia pesada; era el preludio, era ya el gérmen de una epidemia general que se habia desarrollado con bastante actividad; llamábasele Matlazáhualt, diezmas á la poblacion, y, al parecer, no se le conocia antídoto. Alza la voz á María el indigente y agoviado pueblo, y al punto, como por encanto plega sus alas el es-terminador y vase á sepultar á las regiones del Polo.

Confieso que me faltan palabras para dar alcance al pensamiento. ¡Que tropel de ideas! qué pasmo! qué confusion! nacida de la plácida contemplacion de mas de trescientos milagros de primer órden; por aquí sigo examinandola variedad de cuadros que representan la diversidad de modos con que María del Pueblito, esta mística piscina, en peligrosísimos casos de la vida, ha dado salud á sus hijos; por allí veo los instrumentos vivos y auténticos de otros; acá reflexiono que los religiosos de este convento, y yo mismo vivimos, pero porque respiramos el aire puro de este cielo, sin mancha; no obstante los huracanes escapados de mil bocas impías, y las tormentosas borrascas de nuestro corazon; aquí está el consuelo de nuestras affixiones.

Con vacilante paso llegué á mi habitacion, mi pobre espíritu forcejaba en sus prisiones, ríndese el cuerpo y la débil vigilia sucede á su postracion. Allá en ensueños ví: cual se encontraba este lugar en época muy lejana; á saber, cielo y tierra, montes y llanuras, risueños prados y floridas campiñas, en una palabra, la naturaleza vírgen y vírgen pudibunda. Vino otro tiempo y luego. se necesitaba que este Anahuacense rejuveneciera y volviera á su esplendor. Por eso del Tepeyac nació

un fecundador torrente, cuyas cristalinas aguas hicieron brotar flores de bellísima apostura: nosotros hemos visto á la rosa de México, la azucena de Querétaro, el lirio de Guanajuato; en conclusion María bajo cualquier advocacion en mi patria siempre reina.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



NOTAS DE ESTA PRIMERA PARTE.

- (1) Sain Jeorges.
- (2) El pueblo de San Francisco Galileo, conocido vulgarmente con el nombre del *Pueblito*, está situado al Sud-oeste de Querétaro á los $19^{\circ} 54' 36'' 22'''$ de latitud y al $1^{\circ} 15' 8'' 15'''$ de longitud arreglado al meridiano de México. Su temperamento es templado. Su poblacion que en el año de 1845 se componia de 2.658 individuos de ambos sexos en la actualidad aumentándose en una cuarta parte, por el periodo calamitoso que atravesamos, segun las reglas de estadística, da una poblacion total de 3.322 almas: teniendo á la vista el semestre respectivo de su curato hecho en este año de 1860.
- (3) S. Jnan cap. 28. vs. 5, y 6.
- (4) Epist. de S. Pabl. á los Rom. cap. 12, vs. 1.^o
- (5) Fr. Sebastian Gallegos, virtuoso eclesiástico, hijo de la Provincia de San Pedro y San Pablo, de Michoacán, sugeto muy ingenioso en el arte de escultura, y amante cordialísimo de la Santísima Virgen. Vilp. Hist. nov.
- (6) El Vble. Pe. Fr. Nicolás Zamora, varon celoso, ejemplar y cura que era entonces de esta Parroquia de Santiago de Querétaro. Vilap. id.
- (7) *La que en otros dias pasa desapercibida*, que no son el 2 de Febrero, el A.
- (8) Chateaubriant. gén. del crist.